

## UN LENGUAJE QUE NO BASTA PARA ATRAPAR LO INATRAPABLE: EL TIEMPO Y EL SER FEMENINO EN “ESCENAS DE UNA TARDE”, DE ÁLVARO MATA

*Isabel Gallardo Álvarez\**  
*Marta Rojas Porras\*\**

### ABSTRACT

The following article wants to be an approach to the collection of poems *Scenes of afternoon*, of the Costa Rican writer Alvaro Mata. In order to obtain this approach, in the first place, subject dealt with insistence was reflected about of the time, in the poemario. But, to the being the time a preoccupation of all the western thinkers, from Anaximandro to the present time, in this article is made a brief and brief review of the ideas of three philosophers who worry about the subject: Aristotle, Heidegger and Bergson, as well as of a novelist and a talebearer and poet, who also touch to the concept time: the French Marcel Proust and the Argentinean Jorge Luis Borges. Once reviewed these five authors, the article happens to study the presence of the time in the poetry of Alvaro Mata, to discover, that all the authors, including Bush speak of the time, but how Agustín de Hipona says, it is possible neither to define it nor to explain it, single to approach him to try to catch it in words and poems since Mata in its poemario does.

**Key words:** time, poetry, philosopher, writer, collection of poems.

### RESUMEN

El siguiente artículo quiere ser un acercamiento al poemario *Escenas de una tarde*, del escritor costarricense Álvaro Mata. Para lograr este acercamiento, en primer lugar, se reflexiono en torno al tema del tiempo, tema tratado con insistencia en el poemario. Pero, al ser el tiempo una preocupación de todos los pensadores occidentales, desde Anaximandro hasta la actualidad, en este artículo se hace un repaso somero y breve de las ideas de tres filósofos que se preocupan del tema: Aristóteles, Heidegger y Bergson, así como de un novelista y un cuentista y poeta, que también trata el concepto tiempo: el francés Marcel Proust y el argentino Jorge Luis Borges. Una vez revisados estos cinco autores, el artículo pasa a estudiar la presencia del tiempo en la poesía de Álvaro Mata, para descubrir, que todos los autores, incluido Mata hablan del tiempo, pero como dice Agustín de Hipona, no es posible ni definirlo ni explicarlo, solo acercarse a él para tratar de atraparlo en palabras y en poemas como lo hace Mata en su poemario.

**Palabras clave:** tiempo, poesía, filósofo, escritor, poemario.

Hace más de mil seiscientos años, San Agustín, obispo de Hipona expresó “Pero ¿qué es el tiempo? ¿Quién podrá fácil y brevemente explicarlo? ¿Quién puede formar idea clara del tiempo para explicarlo después con palabras? Por

otra parte ¿qué cosa más familiar y manida en conversaciones que el tiempo? Entendemos muy bien lo que significa esta palabra cuando la empleamos nosotros y también cuando la oímos pronunciar de otros ¿Qué es, pues, el tiempo? Sé

\* Profesora de la Escuela de Formación.

\*\* Profesora de la Escuela de filología, Lingüística y Literatura.

muy bien lo que es si no me lo preguntan. Pero cuando quiero explicarlo al que me lo pregunta, no lo sé.” (Agustín, 1983: 14).

Esta perplejidad de Agustín de Hipona ante la inmensidad y complejidad del tiempo no es ajena a muchos y sigue atormentando a estudiosos, a escritores y a individuos particulares, algunos de ellos son pensadores, filósofos como Aristóteles, Heidegger o Bergson, o novelistas como Marcel Proust quien escribió siete tomos de apretada prosa tratando de encontrarlo o poetas como Borges que lo veía desvanecerse en las manchas de los tigres.

El tiempo y su definición ha atormentado a los seres humanos de todos los tiempos, ya Anaximandro se preguntaba por él y Aristóteles se empeñó en aprehenderlo. La filosofía lo ha estudiado desde dos perspectivas. Algunos de los pensadores se colocaron en el campo de la física y buscaron una visión objetiva del tiempo. Otros, más bien, se quedaron en la introspección y en el análisis psicológico y vieron el tiempo como principio de subjetividad.

Para analizar la poesía de Álvaro Mata, escritor costarricense, se hace necesario desentrañar la idea del tiempo, pues este es un elemento importante en su creación poética y, tal vez, al comprenderlo se podrá ahondar más en el significado profundo de sus versos y también será posible contestarle a Agustín después de tantos años. Tarea, esta última, pretenciosa y llena de escollos, pero que se puede acometer con la esperanza de llegar al fin a un verso mágico y definitivo que defina este tiempo que tanto preocupa.

## 1. Tiempo y filosofía

Uno de los primeros filósofos en ocuparse del tema fue, como ya se mencionó, Aristóteles, quien se situó en una perspectiva física; pero también exploró la otra vertiente, la psicológica. La doctrina más conocida de este gran pensador define el tiempo como medida y número de movimiento respecto al antes y después (télos, como punto de reposo del movimiento y el punto de partida). Esta concepción del tiempo lo considera tanto un efecto de los acontecimientos (son estos

los que lo delimitan) como el marco infinito previamente dado que lo contiene y que se puede considerar que forma parte de la explicación que *a priori* puede darse de la *physis*, del movimiento.

Sin embargo, el tiempo es divisible, y pensando en esta cualidad se puede suponer la existencia de al menos una de sus partes. Pero ninguna parte del tiempo es, aunque sea divisible, porque el instante que es (presente) no es una parte del tiempo, ni es divisible. Si el tiempo estuviera constituido de instantes, sería una realidad puntual, y no un continuo, como lo supone Aristóteles. Por tanto, en el plano metafísico, el tiempo no tiene ser, no tiene sustancia. Por esto Aristóteles retrotrae su análisis al plano físico, y analiza el tiempo desde el movimiento. De ahí, que defina al tiempo como "*el número del movimiento según el antes y el después*" (*idem*, 219).

Lo anterior se resumiría diciendo que para Aristóteles el tiempo no es, porque no existe de modo absoluto: ha sido y ya no es (pasado), va a ser pero todavía no es (futuro), y lo que está "constituido" por no-seres no participa de la sustancia (Aristóteles, 1968. 218)

En definitiva, Aristóteles concibe el tiempo como el movimiento total e infinito, eterno, pero también como el marco en el que los acontecimientos particulares, finitos, pasan a poder ser concebidos como partes.

Esta concepción del tiempo de Aristóteles contrasta con la que presenta Martín Heidegger desde el marco de la filosofía contemporánea, cuando destaca la idea de temporalidad en el libro de su primera época "*Ser y Tiempo*", al relacionar ambos conceptos, el de temporalidad con el de ser.

En este texto, Heidegger distinguirá entre la concepción tradicional del tiempo compuesto por un marco ya dado previamente, donde los acontecimientos se suceden unos a otros, y que el filósofo califica de comprensión vulgar del tiempo, al considerar que no se trata de una noción que surge de la existencia misma, y por lo tanto, tiene valor ontológico, y la temporalidad que tiene validez como criterio ontológico, pues lejos de concebirse como preexistente, surge de la propia estructura del ser-ahí, en la que no cabe diferenciar un antes, un ahora y un después (presente, pasado y futuro).

Esta idea propuesta por Heidegger se aleja de la hecha, siglos antes, por Aristóteles, para quien el pasado, presente y futuro, si eran propensos a ser divididos y concebidos como partes separadas, para efectos de estudio.

Heidegger presenta una vinculación intrínseca del tiempo finito y del ser, esta concepción ser-tiempo, permite concebir el tiempo de modo originario, como tiempo finito, como tiempo que adviene a partir de un fundamento y que eso da lugar al ente que se constituye en presencia y que se abre a las dimensiones del advenir, del presentar y del "ser sido" raíz de una "cuarta dimensión", el lugar *tópos* y ahí donde el ente tiene lugar y acontece. La ontología, a la vez que se funda inconscientemente en la concepción vulgar de tiempo, tiende a su vez, por lo mismo (por efecto de la propia inconsciencia) a negar el carácter temporal del ser y a afirmar la atemporalidad o eternidad del ser respecto al ente (finito y contingente). Aristóteles y Heidegger presentan dos concepciones de tiempo, uno lo coincide como movimiento y el otro como finitud, pero para el objetivo de este artículo, ninguna de esas dos concepciones proporciona una respuesta contundente a las preguntas iniciales de Agustín. Por ello se revisará otro filósofo más, quien quizá podrá llegar a una respuesta satisfactoria y concluyente. El elegido para tal hazaña será Bergson y sus ideas sobre la duración.

Bergson polemiza con el trasfondo filosófico dominante en su época y elabora su idea fundamental, la de la duración: no solamente el hombre se percibe a sí mismo como duración (durée réelle, idea fundamental que desarrolla en *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* y en *Materia y memoria* 1896), sino que también la realidad entera es duración y élan vital (idea que desarrolla en *La evolución creadora*).

Este pensador hace una diferencia entre el tiempo que se usa en las relaciones matemáticas y el tiempo real, el de la persona. *El tiempo de las matemáticas*, que es el tiempo introducido en las ecuaciones de la mecánica, no es el tiempo real, sino una mera abstracción fruto de una previa especialización: una sucesión de instantes estáticos, indiferentes a las diferencias cualitativas y recíprocamente externos.

Esta es una concepción bastante especializada del tiempo y pareciera que se encuentra en la base de las nociones de intensidad que los psicólogos quieren cuantificar (se puede cuantificar un estímulo, pero no una sensación, según Bergson), y surge de la abstracción matemática y de la simplificación efectuada por el entendimiento, que es víctima del lenguaje.

Dice Bergson que en las ecuaciones de la física, el tiempo (*t*) es reversible, pero en la vida real, en la conciencia humana no lo es. Los contenidos de nuestra conciencia, tales como sensaciones, sentimientos, pasiones y esfuerzos, se captan de un modo peculiar; aparentemente están como yuxtapuestos y diferenciados, cada uno con su singularidad y, mediante la inteligencia, los pensamos como dispuestos espacialmente; se trata de una penetración de lo exterior en el interior, de lo que es espacio-temporal en lo que es internamente vivido. Pero, en lo profundo de la conciencia, en el yo interior, los estados de conciencia se funden y organizan en una unidad que no es espacial, sino que posee las características de la duración.

Entonces, pareciera poder pensarse que el tiempo es conciencia, es movimiento, es finitud, y quizá muchas otras ideas no expuestas aquí, propias de otros tantos pensadores, pero ¿Agustín quedará satisfecho con estos pensamientos? Quizá, pero para evitar el reduccionismo y solo consultar a los filósofos se importante penetrará en otra vertiente de pensamiento y creación que pueda ayudar a definir tan complejo, pero cotidiano término.

Por eso, se recurrirá a dos creadores muy diferentes entre sí, pero con una misma preocupación que discurre entre sus líneas, Marcel Proust quien escribió sobre el tiempo y trató de recobrarlo en las páginas de su voluminosa novela *“En busca del tiempo perdido”* y Jorge Luis Borges quien lo quiso apresarse en las manchas de los tigres y en el reflejo de los espejos.

## 2. Tiempo y literatura

Respetando el tan manido tiempo, en este apartado se empezará a buscar la concepción de este en la obra de Marcel Proust. Se ha dicho que la importancia de sus novelas reside no tanto en

sus descripciones de la cambiante sociedad francesa como en el desarrollo psicológico de los personajes y en su evidente preocupación filosófica por el tiempo.

Este gran novelista trató el tiempo como un elemento igualmente destructor y positivo, sólo aprehensible gracias a la memoria intuitiva. Eso sí, hay que recordar que Proust percibe la secuencia temporal a la luz de las teorías de su admirado filósofo francés Henri Bergson, a quien se acaba de reseñar más arriba, y lo considera como un fluir constante, en el que los momentos del pasado y el presente poseen una realidad igual. Proust exploró los abismos de la psique humana, las motivaciones inconscientes y la conducta irracional, sobre todo en relación con el amor y, por supuesto, el tiempo.

La obsesión de Proust es la fugacidad de todo lo que nos rodea y de nosotros mismos, la fugacidad del tiempo, así como la incapacidad congénita del ser humano de gozar de los momentos en total plenitud, sin poder desterrar esa sensación perenne de que siempre falta algo, ¿será tiempo? En su obra Proust halla la felicidad no en los hechos que se dan, como el beso de una madre que un niño espera con impaciencia en la cama, sino que la felicidad está en los momentos de espera de ese beso, cuando el niño se imagina y va creando la ilusión de ese beso, y también se encuentra en la memoria de esos momentos, cuando se vuelve a recrear el beso de la felicidad. Ahí en la felicidad, está el tiempo, es esperándolo o recobrándolo donde surge el placer del beso, del amor de lo que será y de lo que fue.

Por eso, se podría afirmar que Proust cree adivinar que la única realidad es la de la memoria atrapada en la infinitud del tiempo, ya que en ella es posible recorrer los límites que los espacios y los tiempos no permiten

En la primera de sus novelas "*Por el Camino de Swam*", Proust halla al tiempo como algo recobable, y vence al olvido definiendo los sentimientos, describiendo las razones ocultas de un personaje enfermo de celos, las del amor verdadero y silencioso, las de las mentiras. Y dentro de la memoria con la que Proust vence al olvido y a la muerte, en otras palabras, al tiempo, está el reino de las sensaciones, del gusto y del olfato

que guardan el pasado como describe en el célebre pasaje central de su obra, cuando al tomar una magdalena mojada en té se devuelve la infancia:

Pero cuando nada subsiste ya de un pasado antiguo, cuando han muerto los seres y se han derrumbado las cosas, solos, más frágiles, más vivos, más inmateriales, más persistentes y más fieles que nunca, el olor y el sabor perduran mucho más, y recuerdan, y aguardan, y esperan, sobre las ruinas de todo, y soportan sin doblegarse en su impalpable gotita el edificio enorme del recuerdo. (Proust).

Esto es volver al pasado, devolverse en el tiempo, recobrarlo, en este caso mediante las sensaciones, y mediante la escritura que posibilita ese recobrar el tiempo pasado.

La novela, que el mismo Proust comparó con la compleja estructura de una catedral gótica, es la reconstrucción de una vida, a través de lo que llamó «memoria involuntaria», única capaz de devolver al ser humano al pasado que es, a la vez, en su presencia física, sensible, y con la integridad y la plenitud de sentido del recuerdo, proceso simbolizado por la famosa anécdota de la magdalena. El tiempo, al que alude Proust, es el tiempo vivido, con todas las digresiones y saltos del recuerdo, por lo que la novela alcanza una estructura laberíntica solo comparable con la inmensidad del tiempo.

Más recientemente, Jorge Luis Borges, escritor argentino del siglo XX, se ocupó con interés de este tema y otros muchos de carácter "filosófico", muchos de sus temas, a criterio de sus admiradores y detractores son "metafísicos", y el tiempo es uno de ellos, así como la eternidad, la inmortalidad, el infinito, todos ellos rozando la importancia del tiempo así como la distinción entre sueño y vigilia.

Se presenta en Borges una fascinación, al mismo tiempo, intelectual y vivencial ante ciertos problemas, la puesta en escena de ciertas paradojas, la angustia o la incredulidad ante la irrupción de lo absoluto (o lo imposible) en una vida cotidiana que se quería tranquilizadora en la misma medida en que es rutinaria, insignificante.

No parece muy convincente creer que existe una construcción filosófica en Borges, quizá ni siquiera una verdadera reflexión filosófica

a pesar de las abundantes referencias a Platón, Schopenhauer, Bergson o James, a los místicos árabes, judíos y griegos, a la obsesiva referencia a Heráclito y Zenón y a los idealismos más radicales (pero si es cierto que sus relatos y poemas son una constante reflexión en torno a los grandes problemas que han preocupado a la humanidad). Uno de ellos, es como ya se ha venido diciendo, el tiempo. Aquí, es preciso volver a citar a Agustín, porque Borges, como buen lector de Agustín:

(...) se sitúa entre la celebración de lo absoluto y la tristeza de lo finito. Si la eternidad —como parece deducirse de las Confesiones— es lo "otro" del tiempo, el límite al que puede llevarse la reflexión sobre la temporalidad, el punto donde, por contraste, se revela la finitud del ser humano; si el tiempo no es la medida del movimiento (que decía Aristóteles) sino una distensión del espíritu, un vivir siempre en un presente fugaz hecho a partes iguales de la efímera contundencia del instante, de la irrealidad memorística de un pasado que tal vez ha sido inventado y de un evanescente porvenir, acaso utópico, siempre incierto, que sólo es tranquilizador cuando es repetición de lo acontecido; un vivir siempre a medias entre la memoria y la esperanza cuando todo suceder, sucede en el ahora. Entonces, como Agustín, Borges construye su relato, su poema, su "confesión", entre la alabanza a una eternidad que presagia una plenitud, sin embargo imposible, y la queja de una criatura condenada por el Creador a ser presa de la muerte, de la cesación. (Guevara, 2004: Sin pag)

Borges escribe sobre el estremecimiento que le provoca la evidencia de la mortalidad, como también sobre la finitud y la ficción que a fin de cuentas es parte inherente del ser humano. Borges sabe acerca de esta mortalidad, de esta finitud y lo hace saber, y afirma que esa distensión del espíritu que se ha dado por llamar tiempo y que traiciona a cualquier mortal, es por eso que se concentra al máximo en los momentos de plenitud, extendiéndose todo en el insomnio, el tedio y la muerte, para que esta vida se convierta en "breves dichas y largas penas".

En una conversación que mantuvo Borges con Osvaldo Ferrari, refiriéndose al infinito dice:

Bueno, en cuanto a lo infinito, digamos, lo que señaló Kant: no podemos imaginarnos que el tiempo sea infinito, pero menos podemos imaginarnos que el tiempo

empezó en un momento, ya que si imaginamos un segundo en el que el tiempo empieza, bueno, ese segundo presupone un segundo anterior, y así infinitamente. Ahora, en el caso del budismo, se supone que cada vida está determinada por el karma tejido por el alma en su vida anterior. Pero, con eso nos vemos obligados a creer en un tiempo infinito: ya que si cada vida presupone una vida anterior, esa vida anterior presupone otra vida anterior, y así infinitamente. Es decir, no habría una primera vida, ni tampoco habría un primer instante del tiempo. (Ferrari, 1984)

Borges afirma también que el tiempo es más real que nosotros y agrega, en esa conversación de 1984 con Ferrari: "Ahora, también podría decirse y eso lo he dicho muchas veces que nuestra sustancia es el tiempo, que estamos hechos de tiempo. Porque, podríamos no estar hechos de carne y hueso: por ejemplo, cuando soñamos, nuestro cuerpo físico no importa, lo que importa es nuestra memoria y las imaginaciones que urdimos con esa memoria. Y eso es evidentemente temporal y no espacial" (*idem*). Un intento por no ver al tiempo como algo finito, sino como momentos que se suceden uno tras otro hasta perderse en este terrible tiempo, tan difícil de aprehender, definir y comprender. Y también es memoria, memoria inmaterial e intemporal que rodea a todo ser humano y lo define y le proporciona un lugar en el espacio.

Borges y Proust se preocupan por el tiempo, y no son los únicos creadores que lo hacen, esta preocupación está en casi todos los que escriben sobre el ser humano y su mortalidad, y a pesar de ser escrito, pensado y creado, por tanto, quién sabe si Agustín, al fin, podrá sentirse satisfecho sobre la definición que del tiempo se hace.

Proust y Borges tratan de apropiarse del tiempo en la escritura y la memoria, lo recobran mediante el recuerdo y la palabra, y eso también lo intenta el escritor costarricense Álvaro Mata.

### 3. Tiempo y poesía en Álvaro Mata

Álvaro Mata, poeta costarricense, publica sus reflexiones sobre el tiempo, el ser y la vida, en el libro de poemas *Memorias de la Tarde* y es a través del monólogo como se acerca a estos temas. El monólogo le sirve para abordar dos grandes temáticas:

el tiempo y el ser, que tratándose de “memorias” no podrán eludirse. Este texto, que se puso en escena por el grupo de teatro Baco, constituye una propuesta llena de sombras y de luz, porque de la noche, de las sombras, de lo oscuro, emerge el recuerdo en luz. La luz acontece como una actualización del recuerdo. Tres sillas prolongadas hacia arriba; hacia la altura, hacia el infinito, porque el recuerdo es tiempo perenne, fugaz ... inmerso en la añoranza. Dos puertas como espacio que permiten el paso, el tránsito hacia el pasado; pero también la posibilidad de la clausura casi quimérica, absurda... Puertas que no pueden cerrarse, porque negarse al recuerdo es morir. Un solo personaje, protagonista femenino, una sola voz, representada por cuatro actores, porque cada ser es uno y el trámite de muchos otros.

En la primera escena, entre bambalinas se oye “*mi vida estás hecha por imágenes, de algunos sueños, y algunas pesadillas*” (Mata, 2003), desde donde se anuncia una retrospectiva interior. Las memorias “*se van y vuelven, es como mirar y no mirar, como hablar y estarse callada*” (*idem*). Emerge una niñez en sintonía con la palabra que permite la relación con lo lejano y lo inmenso; una niñez llena de expectativas y de laberintos, de lo inalcanzable y lo creado, una niñez impregnada de matices y pasillos quietos y largados. Y en la ausencia y la distancia “*me perdía*” dice el personaje. Después de la niñez, “*algo se muere y nos hace diferentes*”. El tiempo ido es como un destello que se desvanece y pasa casi imperceptible. Entonces, la memoria deviene como “*el gesto que persigue los detalles de otro intento, que se aferra, sin disimulo, a una tentativa*” (*idem*). Así, el pasado, en su irrecuperabilidad se convierte en un “*engaño sutil... un desencanto... un acoso*”. El ser humano queda atrapado en el intento de la memoria infiel, inaccesible y fugaz como un espejismo; pero ante lo que es imposible no acceder, pues por inaccesible, inatrapable, es un estímulo al deseo:

Es una larga espera... un sigiloso mientras tanto..., un extraño ir, que queda atrás y deja, una ligera sensación y un deseo (*idem*).

El recuerdo, actividad de las tardes, del ensueño y la nostalgia trae a la mente el pasado, las compañeras de la escuela, la maestra como

“...una añoranza ..., una imposibilidad..., una incertidumbre” (*idem*). El recuerdo es el morir de la recreación y, ante la ambigüedad y la tristeza permite palpar el tiempo como sensación de transcurso, de momentos “...de cosas que pasan y no retornan” (*idem*). Así, el pasado en tanto irrecuperable es irrepitable. Pero la acción de recordar es ineludible, lo cual se plantea en el texto como una metáfora:

(...) su movimiento pausado y lento. Su extrema reflexión de desentendimiento. Su perenne meditación de regresos... de bruma, de lejanía... De inmutable y continuo escarceo... y una indiferente presencia (...) (*idem*).

Como el mar con sus movimientos eternos, perenne de regresos, entre brumas y lejanías continuas y persistentes, así el recuerdo. Y en el recuerdo, la nostalgia como la presencia más permanente, como la llave más idónea para abrir el baúl y hacer retornar presencias e imágenes. El recuerdo es, también, el espacio alto desde donde mirar los sueños. Es el espacio de las múltiples posibilidades:

Soñaba con llegar a los planetas... Me detenía al borde de un extenso precipicio... Me sentaba, lo miraba todo, lo abarcaba todo. (*idem*).

La vigilia, en cambio, es el tiempo donde el recuerdo se escapa y se pierde en lejanías borrosas y brumosas distancias: “*Quería quedarme en entre sueños...conservar recuerdos, asir imágenes... Algo se escapaba y algo se perdía*” (*idem*).

El recuerdo, el tiempo, la vigilia y el entre sueño llevan a pensar la muerte como ruptura, como sueño rotundo, como no despertar, como no ver nada. La muerte como estado del no recuerdo y, por oposición, la vida como estado del recuerdo. En esta primera escena se presenta un tratamiento del recuerdo, de la memoria, del tiempo, como proceso interior y universal.

Por el contrario, en la segunda escena, el transcurrir es más exterior, es un tiempo que permite percibir el paso de la niña, a la adolescente y a la mujer. De manera muy concreta y detallada, la memoria conduce al personaje a la escuela, a su primer día de clases, a sus ceremonias y rituales, a sus tumultos, estallidos y silencios. Asociado al recuerdo de la escuela, un día de tantos,

recuerda, descubrió la lectura como gran acto de magia. El personaje va creciendo. Deja la niñez y la adolescencia para convertirse, dice, en un personaje de novela sórdida, en el intento de un anhelo frustrado, confuso y hueco. Se llenó de otreddades y ausencias, de vacíos y tardanzas.

La tercera escena discurre en un monólogo sobre el que se emula el sonido shakesperiano del “ser o no ser”: “*Soy una transparencia, un discurso, una metáfora que se sustenta en metafísicas fraudulentas. Soy una negación. Soy o no soy*” (*idem*). La cuarta escena plantea los deseos que entre ensoñaciones se repiten y la persistencia de un pasado que vuelve, se combina con nuevos recuerdo y nostalgias, se acomoda y queda silencioso y amenazante en los rincones.

#### 4. A manera de conclusión

Pareciera ser que esta propuesta de Álvaro Mata es una parodia al lenguaje logocéntrico, al lenguaje de la razón que privilegia la palabra. En la experiencia del espectador-lector, el texto deja de importar como tal, se perdía entre personajes, luces, sombras e imágenes. Así se configuró la idea de que el lenguaje no basta para atrapar lo inatrapable (el ser y el tiempo, en este caso), pues él es tan escurridizo como el resto. El tiempo como recuerdo, como memoria no se puede explicar, en su totalidad, en una lógica estructurada, pues emerge como fantasma, al capricho de cualquier duende travieso. Ese recuerdo, siempre latente, siempre a la expectativa es tan irrepitible, tan inatrapable como el lenguaje que lo intenta reproducir y lo recrea.

Entonces, ¿qué responderle a Agustín? Difícil. Aristóteles dice que el tiempo es movimiento, antes y después, Heidegger considera que la temporalidad surge de la propia estructura del ser-ahí, en la que no cabe diferenciar un antes, un ahora y un después (presente, pasado y futuro), Bergson opina que es una mera abstracción, fruto de una previa especialización: una sucesión de instantes estáticos, indiferentes a las diferencias cualitativas y recíprocamente externos.

Por otro lado, Proust, escritor que siempre estuvo en *Busca del tiempo perdido*, dice que este es el tiempo vivido, con todas las digresiones y saltos del recuerdo, por ello, su novela alcanza una estructura laberíntica solo comparable con la inmensidad del tiempo; Borges, por otro lado afirma que muchas veces ha sostenido- que la sustancia del ser humano es el tiempo, que todos los seres están hechos de tiempo y finalmente, para el poeta analizado, para Álvaro Mata el tiempo está en el recuerdo y en el pasado. Recuerdo, que a diferencia de Proust es imperfecto y quizá, por lo tanto, llega a parecer inaprensible.

Así que después de este recorrido es posible que Agustín de Hipona quede más confundido con todo lo dicho hasta ahora que con una definición clara y concreta del tiempo. Porque a fin de cuentas, todas las personas son tiempo y todos lo buscan y tratan de retenerlo para derrotar la mortalidad y la finitud de la que este débil ser está echo. Queda pendiente para otra ocasión, el planteamiento del ser en esta puesta en escena. Como premisa, solo se esboza lo siguiente: el ser femenino en este texto, quizá solo es un discurso y, por lo tanto, un no ser, un ser lo que se dice que es, o tal vez no es uno sino un encuentro de otreddades. O, puede ser, que una convergencia de contrarios, donde lo femenino y lo masculino se dan la mano, pues de este texto, escrito por un hombre que le da vida a la voz femenina, lo cual se profundiza por los actores masculinos y femeninos, se podría deducir que quizá no haya, por naturaleza, sensibilidades diferentes atribuibles a uno y otro género, sino programaciones sociales. Desde este punto de vista, esta propuesta escénica parece negar esta diferencia.

#### Bibliografía

- Aristóteles. 1967. “Del Cielo, Física, Metafísica”. En: *Obras Completas*. Madrid: Editorial Aguilar.
- Bergson, Henri. 1959. *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Madrid: Editorial Aguilar.

- Bergson, Henri. 1949. *Materia y memoria*. París: Editorial Societé des Editions Louis-Michaud.
- Bergson, Henri. 1942. *La evolución creadora*. Montevideo: Editorial García.
- Ferrari, Osvaldo. 1984. "Conversaciones de Jorge L. Borges con Osvaldo Ferrari". En: *Tiempo Argentino*. Argentina.
- Gertel, Zunilda. 1977. "La imagen metafísica en la poesía de Borges". En: *Revista de Iberoamericana*. N° 100-101. Diciembre.
- Guevara Meza, Gustavo. 2004. "La alabanza y la queja. El tiempo en Borges". En: *Etcétera*. [http:// www.etcetera.com.mex/](http://www.etcetera.com.mex/) Rescatado 20 de mayo del 2004.
- Heidegger, Martín. 1977. *Ser y tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mata, Álvaro. 2003. *Memorias de la tarde*. San José: Editorial Literatura Digital.com
- Mignolo, Walter. 1977. "Emergencia, Espacio, Mundos posibles. Las propuestas epistemológicas de Jorge L. Borges". En: *Revista Iberoamericana*. N° 100-101. Diciembre.
- Null, Cristina M: "Introducción a Heidegger (2): la analítica del Dasein. Prólogo a "Ser y tiempo". En: *Mundo Filosofía*. <http://www.portalmundos.com/mundofilosofia/comentarios/heidegger2.html>. Rescatado el 16 de mayo del 2004.
- Proust. 1944. *Por el camino de Swam*. Buenos Aires: Editorial Rueda.
- San Agustín. 1983. *Confesiones* (Libro XI). Madrid: Espasa Calpe.
- Serantes, Arantxa: *La piedra angular: concepciones del tiempo en Heidegger* <http://www.cibernous.com/autores/existencialismo/curiosidades/tiempo.html>. Rescatado el 16 de mayo del 2004.